

LA VISIÓN DE LAS MONTAÑAS

Las nubes, negro rebaño que custodia el viento lúgubre, rodaban en el espacio, envuelto en luz amarillenta; y, en la lívida profundidad que yo á mis piés tenía, tan abajo que todo mi ser estremecíase de espanto, un desgarrón me mostró una cima.

La monstruosa cumbre salía de la sombra oscura; sus faldas se perdían en el abismo desconocido; en aquella meseta, fiero, terrible, desnudo, un gigante yacía, cuyos miembros se retorcían sobre la piedra; sangre y luz brotaba de su cuerpo; su faz miraba al sombrío firmamento, y una despiadada cadena de bronce tenía sujeto de piés y manos. Y yo veía hundirse y levantarse, horrible, su enorme vientre, que un buitre, animal ladrón, despedazaba. Colosal era el paciente; hubiérase dicho que allí había dos montañas, una de las cuales expiraba sobre la otra.—¿De quién es,—pregunté,—sangre que se derrama así?—¡Tuya!—díjome el buitre.—El monte cuyas cimas contemplas, es el Cáucaso.—¿Y cuándo te irás tú de él?—Jamás he de abandonarle. Y el torturado me gritó:—Soy el Hombre.

Y todo confundíase como agua negra, ó como confundíeranse la obscuridad y el relámpago, si una potente mano mezclara la sombría noche.

Algo así como un pozo formóse en lo insondable, y otra imponente cima surgió en él. La sombra tenía el horror que el invierno la procura. Y alguien dijo: —¡Ararat! Llovía.—¿Quién eres tú?—grité á la áspera cima que los vientos azotaban.—Espero el arca; y espero á la familia elegida.—¿Qué arca?—¡Llueve! ¡Llueve!—¿Y lo demás?—Tragado fué.

—¡Cómo!—dije yo entonces.—¿Se es creado para ser destruído? ¡Oh tierra! ¿Es tan grande tu falta? ¡Oh cielo! ¿Es tan inmenso tu crimen?

Pero todo se había ya borrado en el abismo. Una mancha azulada surgió de pronto en aquel montón de granizos, de nieblas, de vientos y de escarchas, y un dorado monte apareció en el terrible azul. Sin freno, despiadada, la horrible alegría reinaba en aquellos lugares; en la cumbre de la montaña, serenos, satisfechos, hermosos, resplandecían doce seres, cuyas aljabas encerraban toda clase de dardos. Las nubes se estremecían en torno de ellos; y, por las grietas que se formaban, blanco era de sus flechas el ser humano. El amor, la risa y los juegos veíanse á sus piés; y donde nada se percibía oíanse gritos. Una voz dijo:—¡Olimpo! Y todo empezó á crugir.

El espacio, donde lo informe flota, pasa y vuelve á pasar, tornóse de pronto negro; oí después un ruido, el cual hizo á la noche una brillante grieta, y otra cima mostráronme los truenos. Allí, los viejos pinos inclinaban sus copas seculares; el águila, en su huida, parecía temerosa de ser importuna; y ví que

alguien con alguien conversaba en aquellos lugares; como en sueños, ví un hombre á quien el Señor prestaba atención, un profeta imponente que recibía una espada y que, lleno de cólera celeste, descendía hacia la tierra, portador del agudo rayo... Y el infinito gritó entonces:—¡Sinaí!

Las tinieblas juntáronse de nuevo, semejantes á dos capas de espuma. Rugían los vientos; el abismo, bajo ellos, negro era en la inmensidad de un espantoso temblor. De repente, como herido por un huracán fiero, volvió á abrirse. Y percibí una pelada colina. Caía el feroz y horrible crepúsculo. Un hombre allí expiraba, clavado en un madero, entre dos vagas cruces, de las que pendían dos fantasmas; de una población lúgubre se distinguían los tejados; deslizábanse las nubes en un espacio color de fuego. Y el torturado me gritó:—¡Soy Dios! Y, en la severa é imponente noche, llegó á mi oído un como hálito de horror que murmuró:—¡Calvario!

La obscuridad pliegues tenía como un lienzo. Pálido, yo miraba, en la sombra en que estaba solo, pasar, como las hojas se ven pasar de un libro, aquellas apariciones de montañas siniestras.

2 de Julio, 1856.

II

LOS EVANGELISTAS

Fija la mano en páginas en las que aún nadie había escrito, cuatro hombres meditaban cuando

expirara el Hombre-Dios; Lucas, Juan, Marcos y Mateo llamábanse aquellos cuatro seres, cuyas miradas se perdían en otras tantas direcciones.

Mientras que sobre el blanco libro caía la sombra del siniestro monte, y ellos pensaban, azotados por los vientos, vióse cómo, en la cruz que á todos nos pesa, los clavos que sostenían el inmenso cadáver, crecían y se tornaban seres vivos.

El primer clavo convirtióse en águila de extraña forma; el segundo en un buey; el tercero se hizo un león; el cuarto se transformó en un ángel, cuya ala era el relámpago y que por ojo tuvo el rayo.

Luego, huyendo de lo alto del Calvario, dejando el árbol severo, abandonaron el cadalso horrible, y cada cual, en la sombra en que vivimos, al oído de aquellos cuatro hombres contó lo que sabía.

4 de Agosto, 1854.

III

LOS BURGUESES HABLAN DE CRISTO

—Su moral tenía algo de bueno.—Murió cuando apenas pasaba de los treinta años.—Convertía el agua en vino.—Dijose eso en su tiempo.—Era de Judea. Tuvo doce apóstoles.—Hombres groseros.—Vulgares.—Envidiosos unos de otros.—Les lavaba los pies.—¡Qué curioso es el pozo de la Samaritana, y el diablo, y la extraña historia del ciego y el paralítico!—Sí que lo es.—No era amigo de los mercade-

res.—¿Arrancó realmente á Lázaro de su tumba?—Fué un sabio.—Un loco.—Muy bello es su sistema.—Verdadero en teoría, falso en la práctica.—Su proceso es real.—Judas es auténtico.—¡El hombre honrado al palo y el ladrón absuelto!—Claro se ve que el cura tomó cartas en el asunto.—Todo cambia; en la actualidad tiene de parte suya al clero.—¡Un carpintero por padre y reyes por antecesores! ¡Qué singular es esto!—No tanto. Una rama descende, luego sube, y la sangre no cambia cuando se eleva. Eso no es cosa rara en genealogía.—Sabía que era acusado de mágo y que se preparaba su suplicio.—Su Magdalena era una prostituta.—Casi, casi.—Lo que no le impide ser santa.—Por el contrario.—¿Era Dios?—No.—Sí.—Quizás.—No hay muchos que lo crean.—Todo lo que de él cuentan prueba que era un buen hombre.—Y era hermoso.—Muy bello; en su rostro, bastante pálido, veíase al judío.—Su pelo era castaño.—Lo cierto es que en la tierra hizo algún bien.—Mucho bien.—Era bueno, fraternal, austero, y demostró que todo, menos el alma, es vano; sin duda que no es Dios, pero es divino. Hizo al hombre moderno mejor que al hombre de ayer.—¡Desgracia fué que se inmiscuyera en la política!

IV

Indudable es que el pensamiento descende en línea recta del sueño universal, y que el poeta consultó alguna vez al dragón; y antiguamente, en el horror de los antros luminosos, entreabriendo sus garras y retorciendo entre ellas espantosos libros llenos de presagios siniestros, los monstruos cuchicheaban al oído de los sabios.

V

INSCRIPCIÓN

Un escultor que viviera ha tres mil años, para el negro Plutón, aquel que en sus ardientes calabozos miedo infunde á las sombras que le rodean, construyó este palacio, que Dios da hoy á las golondrinas.

17 de Julio, 1846.

VI

Cuando muriera Augusto, Roma, de dar ejemplo deseosa, en la cima del monte Palatino mandó construir un templo á él dedicado; y Livia, secundando á la gran ciudad, adornó el edificio con estatuas de bronce; y puso sobre el frontis principal á Neptuno y á Júpiter, y, bajo el peristilo, el bailarín Bathilio y el mimo Claudio.

VII

Cuando el antiguo mundo, sombra condenada, fué sentenciado á muerte; cuando el imperio romano vióse coronado por el horror, cada vicio fué á hacer al monstruo una caricia; todos se presentaron: la

Lujuria, la Gula, la Avaricia, la Pereza, la Cólera, la Envidia y el Orgullo; sobre las cimas de los siete montes, Roma vió aparecer otros tantos demonios. Todo fué dicho; y para llevar á cabo la obra insondable, el destino pasó de una mano á otra el enorme pico; mientras el Cristo se pudría en el cadalso, viéronse suceder, para cavar la fosa que había de tragarse al universo, la demencia que canta al mal que delibera, el sepulturero Nerón al sepulturero Tiberio.

VIII

ORGULLO DEL POLVO DE UN REY

El mausoleo es hermoso, vasto, admirable. Su primera pared es toda de granito negro, de alabastro la segunda, y la tercera de espejuelo incrustado de ónix y de jacinto. Franqueadlas; tras de ellas encontraréis la pared de jaspe verde que Ericleto, obrero de Corinto, ornamentara con bajorrelieves en los que ama Flora y Zéfiro se lamenta. Avanzad; encontraréis la muralla de pórfido, luego el salón de plata, al que conduce un corredor. Entrad en él. En mitad de la estancia resplandece un inmenso trono de oro, sobre el cual... acercaos... bajo magnífico dosel adornado de inscripciones en caracteres cúficos, brilla un ataúd construído de un solo pedazo de cristal; y desde lejos, sobre un pedestal enorme, resplandece, como un alba en el fondo de una galería, la tapa de aquel fêretro, toda ella cubierta de piedras preciosas. Mirad atentamente á través del

cristal sagrado, incorruptible, puro, venerable, rodeado de las lágrimas de las naciones en cuatro vasos encerradas. Bajo tantos diamantes, bajo tantos topacios, en el centro, cerca del rey... apartad los rubies... ¿qué veis? Me veis á Mí.

IX

INVOCACIÓN DEL MAGO CONTRA LOS DOS REYES

¡Vientos! ¡soplos del cénit tutelar y obscuro! ¿no despertaréis una inmensa cólera allí arriba, en el sombrío cielo, en favor de los hombres?

Puesto que dos naciones van á venir á las manos porque sus reyes disputaran en cierta ocasión; puesto que la verde llanura que recorren los saltamontes, en la que ríe el alba, donde toma el sol el lagarto, va á ver pasar de pronto al horrible hado que sacude en la noche sus manos llenas de dardos; puesto que á los torrentes que se secan entre las enjutas piedras sucederán mañana grandes arroyos de sangre; puesto que el león se detendrá, pensativo, cuando á beber se acerque, ante el rojo líquido; puesto que el aldeano va á temblar en su choza; puesto que, si aquellos dos soberanos, el nómada y el huno, no son de pronto cogidos por los cabellos, va á verse cómo estalla, por sus locas quimeras, la desolación lamentable de las madres, y cómo los dos bandos se destrozarán el uno al otro, y cómo, cuando se hayan despedazado, los duros vencedores, superando á las fieras, matarán á los hombres, hijos, hermanos, maridos y padres, y



cómo las mujeres, retorciendo sus brazos, ocultando sus senos, huirán ante los besos de aquellos inmundos asesinos; puesto que dos pueblos van á caer en el abismo, ¡oh vientos! ¿no haréis nada para impedir que tal crimen se cometa?

Vosotros, que penetráis en las profundidades, que os reunís ú os dispersáis cuando os parece, superando en rapidez al relámpago, ¡vientos, negros ujieres, sobre la tierra que tiembla!, en tan funesto instante, ¿no haréis que los dioses formidables caigan de pronto en ese odioso campo?

28 de Julio, 1870

X

LA PROFECÍA DEL MORABITO

¡Huid al monte inaccesible! ¡Huid al centro del valle! Una nación tremenda viene de donde sopla el aquilón.

Tendrán incomparables capitanes, tendrán excelentes marineros; vendrán atravesando montes y llanuras, las olas les traerán á nuestros dominios.

Tendrán artillería numerosísima, tendrán carros y pabellones; sus numerosos jinetes harán el efecto de torbellinos.

Cual grita el águila que huye, gritarán:—¡Por fin llegamos donde queríamos! ¡Mueran los hombres bajo los golpes de nuestros aceros! ¡Acabe el hambre con las mujeres!

En la sombra, la llama y el relámpago, que de ellos se desprenderán, les hará visibles. Al caminar producirán un ruido sombrío, semejante al de las olas del océano.

Parecerán tener grandes alas, volarán hacia el negro cielo, más numerosos que las chispas de una cabaña quemada en mitad de la noche.

Vendrán, el corazón lleno de odio, con las espadas en las manos... ¡Oh, no salgáis á las llanuras! ¡Oh, no os aventuréis por los caminos!

Porque en nuestras antiguas férciles campiñas no se oye sino el sonido de los clarines, y sólo se ven las lanzas de los escuadrones.

¡Oh, cuántos carros! ¡cuánto humo! Entrarán aullando y riendo, y serán un ejército numeroso, un pueblo terrible.

Pero que Dios, bajo el cual el cielo tiembla, muestre su faz en mitad del ruido, y se verá cómo todo desaparece, semejante á una visión nocturna.

5 de Agosto, 1846

XI

El califa ha castigado á los montañeses.

Regresan ya sus soldados. Alah viene con ellos, porque nada vivo dejaron en el territorio que atravesaran. Actualmente, ¡oh qué duelo en aquellos lugares desastrosos! Los huesos de todo un pueblo se hallan diseminados sobre las piedras. El descarnado buitre y la de los párpados rojizos, el águila, son allí los únicos seres victoriosos; y están alegres, con el pico abierto... Murió todo. Desde Agra hasta Nicea, el camino que comunica con el desierto parece embaldosado por los cráneos blancos que le cubren. Y cuando una caravana pasa por aquellos lugares, el más viejo del grupo lee, fija la vista en un alto madero que allí se alza, la siguiente inscripción, que ostenta una tabla clavada contra el poste: «Los empedradores del califa empedraron esta senda.»

XII

EL CHAIQUE Y EL LADRÓN

—¡Conque me robabas los bueyes!
—¡Señor, no me quites la vida!

- ¿No tienes turbante?
 —No tengo ni sombrero.
 —Toma este.
 —¿Es costumbre en esta ciudad cubrir al reo antes de empalarle?
 —Tu ropa está destrozada.
 —Razón tenéis, señor.
 —Toma este caftán.
 —¿Cómo?
 —Póntele. Acercaos, esclavas. Escoge las tres más hermosas.
 —¡Yo!
 —Escogeré por tí. Tuyas son esas tres.
 —¿Cuáles? ¡Esos astros! El miedo me consume.
 —Los bueyes son tuyos.
 —¡Míos!
 —Toma ese collar, obsequio de un antiguo rey.
 —¡Qué pesado! ¡Y de oro! Esto me confunde. Y no me explico lo que me pasa. ¿Sueño? ¡Mío tu negro turbante, mío tu caftán azul! ¡Y me pones al cuello este collar de oro! ¡Y, en lugar de cortarme la cabeza ó de ahorcarme, declaras que me pertenece lo que yo intentara robarte, y me entregas, además, tres mujeres para mí solo!
- ¿No albergaste un día á mi abuelo en tu caña?

XIII

LOS SERES SOMBRÍOS PASAN

Los demonios, cuyo canto es una confusa algarrabía, vuelan en el horrible tumulto de las nubes; y conforme huyen á través del infinito, sorpresa causan al mal con los ardientes gritos de amor que le dedican.

¡Calor, fuego, claridad, vida, engendrad el desastre! Naturaleza del triple seno, bajo tu sudario de astros, sé buena madre, haz dos pliegues á tu manto, y cobija en uno á un cordero y en el otro á un lobo. Javalí, tórnate puerco sobre la hierba en que te revuelcas. Desgracias, engendraos constantemente unas tras otras. ¡Oh bocas de los furorés y de los rugidos! ¡Oh leona, oh pantera, llamad á vuestros amantes! Boas, buitres, tiburones, cocodrilos, víboras, monstruos, en lo profundo de vuestras cavernas cumplid la ley que os manda crecer y multiplicaros. Echa nuevas hojas, cúbrete de sombra, ¡oh manzanillo! Llegó ya el mes de Mayo; pajarillos de todas clases, emparejaos en los nidos frágiles y calientes, y en el movimiento murmurador de árboles y arbustos, haced con amor pequeños para los grandes. Ocultad á Dios, sacerdotes; biblias, no permitáis que luzca el sol. Máscaras, sed encantadoras con vuestras horribles caretas. Asilo en el que el lince está en acecho, en el que el jaguar se oculta con